



Centro de Estudios de Arqueología Histórica
Universidad Nacional de Rosario



Teoría y Práctica de la Arqueología Histórica
Latinoamericana | Año X, Volumen 12 | 2021

Revista del Centro de Estudios de Arqueología Histórica,
Facultad de Humanidades y Artes,
Universidad Nacional de Rosario
<https://teoriaypracticaah.unr.edu.ar/index.php/index>
<https://rephip.unr.edu.ar/handle/2133/14804>

ISSN en línea: 2591-2801

ISSN versión impresa: 2250-866X

Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional
(CC BY-NC-SA 4.0)

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

Carlos N. Ceruti (ID.: <https://orcid.org/0000-0002-5625-0899>). Esclavizados y arqueología de la esclavitud:

El caso del Arroyo Leyes (Departamento Garay, provincia de Santa Fe, Argentina)

ESCLAVIZADOS Y ARQUEOLOGÍA DE LA ESCLAVITUD: EL CASO DEL ARROYO LEYES (DEPARTAMENTO GARAY, PROVINCIA DE SANTA FE, ARGENTINA)

ENSLAVED AND SLAVERY ARCHAEOLOGY: THE ARROYO LEYES CASE (GARAY DEPARTMENT, SANTA FE PROVINCE, ARGENTINA)

Carlos N. Ceruti*

Resumen

Se describen brevemente los sitios y materiales arqueológicos de la localidad arqueológica de Arroyo Leyes; se identifican las características principales de los tipos cerámicos excavados por coleccionistas entre 1934 y 1938; se elaboran hipótesis sobre su origen y se relacionan las piezas con prácticas religiosas y mágicas de origen africano, consecuentes con la esclavización de habitantes del Golfo de Guinea.

Palabras clave: Arqueología de la Esclavitud, Arroyo Leyes, Cerámica afroamericana, Culto vudú

Abstract

Sites and archaeological materials from Arroyo Leyes are briefly described in this work. Main characteristics of pottery types dug by collectors between years 1934 and 1938 are identified, and hypothesis for their origin are proposed. The pieces are studied in relation to religious and magical practices of African origin, consistent with enslavement of Gulf of Guinea inhabitants.

Keywords: Slavery archaeology, Arroyo Leyes, Afroamerican pottery, Voodoo cult

* Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe. Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas “Prof. Antonio Serrano”, Paraná (Entre Ríos), Argentina. cceruti93@gmail.com

Introducción

La localidad arqueológica de Arroyo Leyes está ubicada en la margen norte del arroyo homónimo, antiguo “Campo Los Zapallos”, y está o estaba constituida por dos sitios arqueológicos, excavados por aficionados santafesinos en la década de 1930, y por dos arqueólogos profesionales contemporáneos a ellos: Antonio Serrano, del “Museo Escolar Central” de Paraná, (actual Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas “Prof. Antonio Serrano”) y Francisco de Aparicio, del Museo Etnográfico “Juan B. Ambrosetti” de Buenos Aires. En un trabajo anterior (Ceruti, 2012) los hemos denominado “Los Zapallos I” y “Los Zapallos II” (Figura 1). El primero está ubicado a 31°29’ 32” S y 60° 26’ 36” O, y Los Zapallos II, unos 1.500 m al NE. Ninguno puede excavarse. Los Zapallos II está en la parte alta del paraje; era un sitio típico Goya-Malabrigo con materiales predominantemente óseos y cerámicos con entierros secundarios, que hoy está urbanizado (población de Los Zapallos). En cuanto a Los Zapallos I quedaba debajo del puente actual sobre el arroyo Leyes, y fue erosionado completamente en crecientes sucesivas. Hasta el siglo XVIII este curso de agua era intermitente, comunicaba el río San Javier con la laguna Setúbal o de Guadalupe, y podía vadearse sin problema, pero en la actualidad es muy ancho y profundo (180 m de ancho y 9 de profundidad), y forma un delta en el lóbulo central de la laguna. Cuando fue excavado, sobre los sitios arqueológicos solamente existían algunos ranchos de pescadores. Las poblaciones de Los Zapallos y Arroyo Leyes (ubicada 14 km al SO) son modernas, de la segunda mitad del siglo XX.



Figura 1. Ubicación de los sitios arqueológicos

El nivel geológico guía presente en estos sitios es una capa negra, untuosa, un paleosuelo que puede haberse formado durante el período húmedo del 800-1200 D.C. o ser más antigua, de la ingresión

marina en el Río de la Plata correspondiente a los años 7000-6000 A.C. Culturalmente, se distinguen tres componentes: Goya-Malabrigo, sobre el paleosuelo o en su interior; Guaraní, en pozos que lo atravesaban; y materiales exclusivamente cerámicos agrupados y enteros, también intrusivos, de lo que se llamó “Cultura del Leyes”. Estas piezas, considerados obra de indígenas reducidos (fundamentalmente mocovíes) del siglo XVIII, fueron “autenticadas” por Félix Outes (1935a), Director del Museo Etnográfico de Buenos Aires, por entonces Presidente de la “Comisión de Yacimientos Paleontológicos, Prehistóricos y Arqueológicos”, dependiente del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública de la Nación. Outes compró para el Museo Etnográfico una buena cantidad de los mejores ejemplares de la Col. Bousquet y organizó una exposición en “Amigos del Arte” (Outes, 1935b), separando incluso una serie que consideró “de afinidades afro”. Posteriormente cayeron en descrédito tras la publicación de algunos ejemplares “falsos” por parte de Joaquín Frenguelli y repartidos entre distintos museos o perdidos y destruidos. En años recientes, Alberto R. González (1980) y luego Daniel Schávelzon (2003) los caracterizaron como de origen africano o afroamericano. Personalmente me inclino a considerar que fueron elaborados por individuos esclavizados en Santa Fe la Vieja (siglo XVII), y su descendencia (siglos XVIII y XIX). Según lo manifestado en publicaciones de Antonio Serrano y distintos coleccionistas (especialmente Manuel Bousquet), entre 1936-1938, se reunieron más de 2.000 piezas enteras y un número indeterminado de fragmentos, de las que pudimos relevar fotográficamente alrededor de 500 piezas, dispersas en los Museos “Enrique Udaondo” de Luján; Etnográfico “Juan B. Ambrosetti” de Buenos Aires; “Arqueológico” de la Universidad Nacional de Córdoba; del Museo Jesuítico de Jesús María (Córdoba); de Ciencias Naturales y Antropológicas “Prof. Antonio Serrano” de Paraná (E. Ríos); Colonial y Etnográfico “Juan de Garay” de Santa Fe; y de la Escuela de Antropología de la Universidad Nacional de Rosario (Aparicio, 1937; Bousquet, 1937; Ceruti, 2012; Frenguelli, 1937; Serrano, 1934).

¿Fue Los Zapallos I un quilombo?

En las últimas décadas, frecuentemente se intentó caracterizar el sitio Los Zapallos I como un “kilombo”, palabra que en la lengua kimbundu (bantú de Angola) identifica una asociación de hombres con ritual de iniciación, destinada a formar guerreros. Resignificada en el Brasil virreinal del siglo XVII-XVIII, se llamó kilombo o quilombo a un conjunto de tres o más esclavos escapados, que se refugiaban en un lugar apartado (selva o montañas) y permanecían ocultos resistiendo su captura (por exigencia de los dueños de esclavos, más tarde se consideró que bastaba con dos fugitivos). Debajo del puente del Leyes, no hay ni hubo nunca “selva” o “montañas”; el sitio está justamente en el antiguo vado (hoy puente) del arroyo, en el “Camino de los Calchines”, ruta obligada desde Santa Fe la Vieja hacia Buenos Aires y Santiago del Estero, a la vista de todo el mundo. Menos aún se adapta a la definición actual de quilombo, que es más restrictiva ya que se refiere a un poblado oculto, políticamente organizado, igualitario y autosuficiente, capaz de autoabastecerse y resistir ataques, tomando como modelo el Quilombo de Palmares (Brasil). Tampoco existe en el arroyo Leyes una población “quilombola”, es decir, población residual de antiguos habitantes de quilombo que reclamen posesión de la tierra, ya sean residentes tradicionales, o trasladados. La existencia de familias/individuos aisladas integrantes o descendientes de pobladores de antiguas estancias, no constituyen un quilombo. Los Zapallos I, por otra parte, solamente fue un sitio residencial durante la etapa Goya-Malabrigo. Durante la etapa Guaraní, como ocurrió con otros sitios conocidos de la costa santafesina, entrerriana y bonaerense, recibió visitas temporarias de poca duración, sobre todo en ocasión de prácticas fúnebres. En cuanto a los conjuntos afro o afroamericanos, como ya expresamos están constituidos exclusivamente por piezas cerámicas enteras

y enterradas en grupos, sin restos óseos de ningún tipo que hagan sospechar otros propósitos que no sean ceremoniales.

Santa Fe la Vieja no tenía lugares donde ocultarse, pero tampoco tenía murallas, de manera que las personas esclavizadas o libertas (casi 1/3 de la población total en el momento del traslado de la ciudad) dormían en el exterior de la vivienda de sus amos o en la periferia de la ciudad, con cierta facilidad para movilizarse y esquivar las rondas nocturnas, por otra parte bastante laxas. En realidad, ni siquiera sabemos si las márgenes del arroyo Leyes estuvieron pobladas antes de 1750, fecha de instalación de la estancia del Sargento Mayor Jerónimo de Leyes, que da nombre al arroyo. Para conformar Los Zapallos I bastaba con que residieran en los alrededores dos o tres familias que se dedicaran a practicar las religiones africanas (especialmente el vudú) y luego la magia, o la presencia más o menos regular y oculta de africanos y/o afroamericanos autorizados desde Santa Fe la Vieja para la realización de actividades agropecuarias.

Un oficio religioso africano requiere unas quince piezas, entre imágenes y recipientes. Una o más familias que residieran durante 300 años (aunque solamente trabajaran 10 años por siglo), a un promedio de una ceremonia cada dos meses, producirían 2.700 piezas enterradas, el doble si consideramos la colaboración de más de un artesano -como es el caso de Los Zapallos I – o ceremonias espaciadas cuatro meses entre sí. Las prácticas religiosas africanas se habrían degradado paulatinamente hacia la magia y el curanderismo, como ha sucedido en Jamaica o en el sur de los EEUU, dejando esa cantidad de materiales enterrados, escondidos y fuera de la vista de las autoridades civiles o religiosas.

Tampoco sería un cementerio al menos de esclavos africanos o afroamericanos. En el sitio Los Zapallos I, el único de donde se extrajeron las cerámicas afro, no hay restos óseos de ningún tipo asociados a las mismas, ni humanos ni de animales. Todo el material óseo recuperado estaba en o sobre el paleosuelo de color negro, y corresponde a enterratorios secundarios Goya-Malabrigo, fechables entre los años 1000 y posiblemente 1500 d.C. El dato está corroborado por la excavación estratigráfica de Francisco de Aparicio, muy cuidadosa para la época, de la que se conservaron muestras por niveles de 30 cm de espesor en el Museo Etnográfico de Buenos Aires. En cuanto al sitio Los Zapallos II, ubicado como ya dijimos a 1.500 m del anterior, que también tenía huesos humanos, era únicamente Goya-Malabrigo.

Considero, repito, que Los Zapallos I fue un área donde se realizaron ceremonias más o menos relacionadas con cultos africanos (posiblemente vudú), y luego operaciones de magia. Las mismas no serían del conocimiento de las autoridades religiosas y cívico-militares (residentes desde 1660 en Santa Fe de la Veracruz), pero quizás percibidas y aún solicitadas por la población residual que quedó en Santa Fe la Vieja (1660-1680) y por la población de las estancias que se establecieron desde mediados del siglo XVIII. No debemos olvidar que en Santa Fe la Vieja existió la Iglesia de San Roque, de Negros y Naturales, destruida por el río San Javier, “Río de los Quiloazas” o “Río del Pueblo Viejo” de la que no se conservaron libros parroquiales. Es posible que los enterratorios de negros se hubieran realizado en ella, en un camposanto anexo o en los alrededores, pero que los deudos efectuaran ceremonias secretas en Los Zapallos I, similares a las “misas de difuntos” de la Iglesia Católica, sin necesidad de un “cuerpo presente”.

Significado del sitio Los Zapallos I

En el siglo XVII, las poblaciones africanas esclavizadas provenían del Golfo de Guinea, o del Congo y Angola. Las que llegaban a Buenos Aires con estas últimas procedencias eran muy solicitadas por su capacidad para las tareas agrarias, pero la mayoría continuaba viaje hacia las provincias del norte, y desde allí hasta Potosí, en la actual Bolivia, para trabajar en las minas de plata donde morían al cabo

de cuatro o cinco años (siete años en los cafetales o los ingenios azucareros del Caribe y de Brasil). Los provenientes del Golfo de Guinea, con un mayor bagaje cultural, se iban desgranando por el camino, quedando en cada ciudad como personal de servicio o como artesanos. En el siglo XVII, la costa de Guinea (la “Costa de los Esclavos”) y la desembocadura del Níger estaban ocupadas por varios reinos muy importantes: Dahomey, Oyo, Benin y más hacia el oeste Ashante en la “Costa de Oro” (actual Ghana). Estos reinos fueron colonizados de diversas formas por las naciones europeas, y sus pobladores transportados como esclavos a América. España no tenía colonias propias en la región, pero el Río de la Plata se benefició con el tráfico de esclavos, legal o ilegal, realizado por ingleses, franceses, holandeses y fundamentalmente portugueses, que utilizaban la Colonia del Sacramento como base para un activísimo contrabando cumplido por los barcos “negreros”.

Estos reinos africanos, con un nivel cultural similar al de la “Edad de Hierro” europea, con una sólida organización jerárquica cívico-militar y religiosa solían estar en guerra entre sí, y los prisioneros (casi todos hombres) eran ejecutados y las mujeres destinadas a la producción. Lo mismo solía suceder a la muerte de un rey (en Dahomey, por ejemplo), en que toda la clase parasitaria (príncipes, princesas, dignatarios varios) que no trabajaban y dependían del favor real, eran decapitados. Con la llegada de los portugueses resultó mucho más conveniente, en lugar de matarlos, enviarlos como esclavos hacia América.

En una de esas llegadas al Río de la Plata, pudo ocurrir que algún sacerdote o persona muy vinculada al culto vudú quedara en Santa Fe la Vieja, y fuera el autor de las cerámicas más antiguas de la “Serie Afro”. En el Golfo de Guinea, hay dos sistemas religiosos principales, que tienen equivalencias entre sí: el vudú, propio de la etnia fon, vigente sobre todo en las actuales repúblicas de Benin y Togo, y el de los yoruba, de la vecina Nigeria. Los barcos “negreros” compraban esclavos en los puertos que les resultaban más cómodos o donde cada nación europea tenía acuerdos comerciales: los ingleses, por ejemplo, llevaron ashantes a sus colonias en el Caribe y a los EEUU; Francia y Portugal, además de bantúes del Congo y Angola, llevaron grupos fon a la isla de Santo Domingo, a Cuba y Brasil, y más tarde transportaron integrantes de la etnia yoruba. Cada nuevo contingente que llegaba lo hacía con su bagaje intelectual, y en América trataba de armar ese rompecabezas cultural y construir un Africa ideal, a la que llamaban “Guinea” (Chesi, 1982; Hurbon, 1998)..

En el sur de EEUU y en Jamaica predominaron las creencias ashante, hegemónicas luego por los distintos cultos protestantes negros, pero también el vudú, llevado por esclavos de Luisiana, antigua colonia francesa. En el resto del Caribe y en Brasil, a la religión y creencias de los fon, se superpuso fundamentalmente la religión yoruba, predominante pero mezclada con el vudú y cultos bantú centrados en los antepasados. La religión umbanda, hoy en expansión, es resultado de esta mezcla, a la que se agregan prácticas indígenas y algo del espiritismo europeo. Haití, por su parte, es donde el vudú permaneció con mayor firmeza, ya que la Revolución de 1791, primer movimiento emancipador de América Latina, cortó de raíz la llegada de barcos negreros, impidiendo de esta forma la entrada de influencias yoruba.

Cerámica de Los Zapallos I (componente afro)

Las piezas cerámicas recuperadas en el arroyo Leyes en una primera aproximación pueden clasificarse de la siguiente manera:

- FIGURAS MÍTICAS (Figura 2). Entre otras, presuntas situaciones de “posesión”: 12
- FIGURAS ANTROPOMORFAS NATURALISTAS (RETRATOS) O PARCIALMENTE SIMPLIFICADAS. De cuerpo entero o solamente la cabeza, representando africanos, europeos, indígenas

pampeanos , del noroeste y del nordeste: 100

- CABEZAS ANTROPOMORFAS SUPERPUESTAS O BIFRONTES: 23

- FIGURAS ANTROPOMORFAS ESTILIZADAS, frecuentemente con características fálicas:30

- FAUNA LOCAL O NO IDENTIFICADA: mamíferos (comadreja, hurones, ciervo, monos, jaguar, armadillo, rata); peces; reptiles (tortugas, yacaré, ofidios); aves (patos, rapaces, perdiz, flamenco, loros, martín pescador, paloma, ñandú, ñacurutú, otras aves); insectos (mamboretá); arácnidos (ciempiés, alacrán): 98

- FAUNA AFRICANA: mamíferos (hipopótamo, pangolín, jirafa, león, chimpancé) (Figura 3); reptiles (ofidios, camaleón): 14

- FAUNA DOMESTICA: mamíferos (gatos, perros, caballos, ovejas, vacas): 11

- EJEMPLARES UNICOS: cesto tejido; canasta para juego del pato; bola para juego; alcancía; pesa para pesca; tapón; cuerno para beber; candelabro; cenicero; torteros; ave en nido; mano humana; escenas amoratorias; hombre montado; negro en canoa; hombre/león; cueva origen de fuente de agua; figura humana flanqueada por rapaces; personaje aullando, posible lobizón; muñeca vudú: 26

- PIPAS: 13

- RECIPIENTES VARIOS : fuentes; recipientes cerrados; “mates”; recipientes con vertedero (“pavas”); tazas: 167

T O T A L: 494 (en esta enumeración no hemos considerado los ejemplares que aparecen ilustradas en trabajos éditos o dibujos de Bousquet, sino solamente los fotografiados por nosotros).

Todo el conjunto puede ser separado en tres series, por sus características de pasta, elaboración y tipos de representación, a las que hemos atribuido distinta antigüedad (Ceruti, 2014):

1) Huecas, con pasta conteniendo nódulos de óxido de hierro, de buena cocción oxidante, de gran variedad en los motivos, incisas y/o pintadas en rojo. Incluyen casi todas las representaciones humanas. En esta serie están las piezas de mejor calidad, en cuanto a confección y diseño. En muchos casos se advierte la mano de dos artesanos en una misma pieza: uno elaboró la cabeza, y otro el recipiente que reemplaza al cuerpo, pesado y de paredes espesas. Atribuidas al siglo XVII-comienzos del XVIII.

2) Macizas, con pasta arenosa y núcleo negro o gris oscuro, con cocción oxidante incompleta. Prácticamente todas las piezas son toscas y mal terminadas. Hay muy pocas representaciones humanas, no hay pintura, y los recipientes están confeccionados por ahuecado. Hay representaciones de animales (sobre todo pájaros) con pedestal, o cabezas aisladas. La atribuimos al siglo XIX.

3) Serie más pequeña, decorada con tapitas de gaseosas y otros objetos metálicos modernos, como dedales de costura, elaborada por los pobladores locales de la década de 1930 para vender a los coleccionistas. Algunas de estas piezas (tres en definitiva) fueron las denunciadas por Joaquín Frengüelli como “falsificaciones”, y condujeron a considerar como tales a todo el conjunto, con el resultado de que se las retiró de exposición en la mayoría de los museos, y en gran parte fueron arrinconadas o destruidas.

Muchas de estas piezas tienen similitudes con las placas metálicas elaboradas a la “cera perdida” provenientes de Dahomey y Nigeria, sobre todo el detalle de los ojos abiertos de las figuras antropomorfas, casi inexistentes en Goya-Malabrigo. Estas placas originalmente se encontraban ornamentando las columnas de madera de templos y palacios con techo de paja, algunos de cientos de años de antigüedad, incendiados por los ejércitos de ocupación en el siglo XIX, y hoy están en las grandes colecciones europeas (inglesas, francesas y alemanas), producto de la rapiña colonialista (Barley, 2010).



Figura 2. Representación humana superpuesta, de carácter mítico. Motivos modelados e incisos. Fuente: Complejo Museológico “Enrique Udaondo” de Luján



Figura 3. Representación de un chimpancé (*Pongo sp.*). En los siglos XVII-XIX, habitaban todas las selvas húmedas desde Guinea al Congo. Fuente: Museo Etnográfico “Juan B. Ambrosetti”, Buenos Aires.

Vías de escape a la esclavitud

A los esclavizados que sobrevivían a la captura, el viaje a pie hasta el puerto de embarque y el traslado en los barcos negreros, no se les ahorra nada para destruir los lazos con África y cualquier otra señal de pertenencia: se los separaba de la familia; se los anotaba con un nombre de fantasía, sin apellido; se los marcaba con la “carimba”; en América se los bautizaba y se les daba un nuevo nombre, ahora de carácter bíblico. En estas condiciones, solo y sin apoyo del linaje familiar, abandonado por los dioses protectores, sin conocimiento del lenguaje y sometido a castigos corporales, el individuo se sometía o recurría a alguna alternativa de resistencia:

- 1) La huída individual o colectiva, y constitución de un quilombo.
- 2) La práctica de las religiones africanas, sincretizadas u ocultas tras la máscara de la religión católica.
- 3) La magia, muchas veces compartida con las poblaciones criollas, combinada o no con el manejo de venenos.

Ya hemos descartado la idea de que el Sitio Los Zapallos I fuera un quilombo, o incluso un poblado conocido y tolerado por los pobladores de las dos Santa Fe en el período de convivencia de ambas. Veamos ahora las otras posibilidades:

Existe documentación probatoria de que en determinadas ocasiones, miembros de las élites relacionadas con las religiones africanas fueron vendidos como esclavos. Se conocen ejemplos en Brasil, en Haití y en Colombia, y es posible que en el arroyo Leyes estemos ante una situación similar; sólo que en los otros países fueron descubiertos por las autoridades civiles, militares o por la Inquisición y llegó hasta nosotros el relato, y el del arroyo Leyes pasó desapercibido por ausencia de información escrita. Es necesario recordar, por otra parte, que una de las funciones de las “cofradías de negros” (de las que en Santa Fe la Vieja ya existía una, consagrada a la Virgen del Rosario), era funcionar como una asociación de socorros mutuos, fomentando la solidaridad y llegando, en algunos casos, a pagar la manumisión de esclavos que en su tierra de origen fueron dignatarios reales.

Las religiones africanas están muy relacionadas con las fuerzas de la naturaleza, y con los linajes de antepasados, a los que se rinde culto tanto para solicitarles ayuda como para evitar su enojo, que puede traducirse en daños a la descendencia. Es conocido el significado del “Cosmograma Bakongo”, que en su forma más simple es una cruz lobulada inscrita en un círculo o un elipse: entre otras cosas representa los puntos cardinales; el mundo material (arriba) y el mundo espiritual (abajo); el viaje del sol y el curso de la vida humana. La cruz es la encrucijada, el punto de unión entre el mundo de los vivos y el de los espíritus, que se ponen en comunicación en dos horarios cruciales: el medio día y la media noche. Este cosmograma y los tres tambores “rada”, que sirven para invocar a los dioses, son de origen congoleño, pero extendidos a casi todas las religiones africanas.

Las religiones más desarrolladas, como las del Golfo de Guinea, tanto la de los fon (el vudú) como la de los yoruba, reconocen un dios creador, que preside el Universo pero está muy lejos de las cosas humanas. La proximidad reside en los lúá, una serie de dioses intermedios (entre doce y doscientos, según criterio del sacerdote oficiante). Los lúá pueden ser buenos o malos –no hay principios absolutos– y se propician mediante sacrificios a veces cruentos, y generalmente caros. Como intermediarios actúan los familiares muertos, que también deben ser halagados con sacrificios. Estos dioses son llamados con toques de tambor, particulares para cada uno, y en el vudú también por dibujos trazados en el suelo (los “vevé”). Descienden sobre sus fieles por un poste ubicado en el centro del recinto que hace de templo.

Los iniciados, considerados los “caballos” del dios, entran en trance y actúan “como se espera de ellos”, es decir, ejecutan las acciones que realizaría el dios, porque, en realidad, durante la posesión “son” el dios mismo.

Ambas religiones se rigen por principios de oposición, por principios dialécticos. Hay un principio del Bien, en Dahomey vinculado a Dan, el creador. Formando parte de este principio está Dambala, representado por la culebra “arco iris” (la pitón de Guinea), simbolizada en el poste central. Dambala está vinculado al agua y al color blanco. Solamente puede hacer el bien, porque en su nombre lleva el de Dan, Organizador del Universo. En Haití Dambala se divide en dos, es un lúá doble: una culebra macho llamada Dambala Vedo, y una hembra, Ayda Vedo, que simbolizan la unión del mundo de los dioses y el de los hombres. Las religiones africanas no son exclusivas: admiten dioses de otras religiones (por ejemplo, la Sirena, lúá “de origen blanco”); no tienen reglas fijas o historias escritas, como la Biblia y el Korán; y los fieles pueden practicar dos o más cultos a la vez, con lo cual los lúás se potencian: un fiel puede ser a la vez católico ferviente y adepto al vudú, y los dioses africanos estar representados por una piedra o un objeto cualquiera, pero sincretizados, “ocultos” bajo la máscara de santos católicos, o de distintas manifestaciones de la Virgen María. Dambala, por ejemplo, se esconde en la figura de San Patricio en actitud de expulsar a las serpientes de Irlanda; Legba, el primero en ser llamado, “bajar” y permitir la entrada de los otros lúás, está representado por San Pedro con sus llaves, guardián del Paraíso; los Gemelos por San Cosme y San Damián, etc.

Dambala está en oposición a Ogu Feray (también llamado Ogún), herrero y soldado, vinculado al fuego, al color rojo y al sable, que se esconde en la figura de Santiago el Mayor, el santo preferido de los conquistadores españoles. De manera que existe una vinculación directa entre los dioses africanos resignificados y sincretizados con los santos de la iglesia católica, y las profundas manifestaciones de fe de sus fieles, absolutamente sinceras, pueden ser a la vez el camino secreto de unión con los dioses intermedios de las religiones africanas.

Y aquí entra la magia. La distinción entre religión y magia es difícil, porque ambas en determinados ámbitos se traslapan. Algunos autores consideran que la religión es colectiva y organizada, y la magia individual; pero este criterio no tiene en cuenta, por ejemplo, los orígenes de la religión católica, con sus ceremonias secretas y la presencia de ermitaños, comunes en el sur de España en la Alta Edad Media. Otra distinción, es que el sacerdote implora, ruega a la deidad, mientras el mago cree conocer formas de obligarla a obedecer. También en este caso, las distinciones pueden no ser absolutas: rogar a San Antonio para encontrar algo perdido, es parte de la religión, pero enterrarlo de cabeza para obligarlo a conseguir un novio, como se hacía hasta no hace mucho, indudablemente ronda los contornos de la magia.

La pieza que se ilustra en la Figura 4 (Ceruti, 2009) tuvo como objetivo la realización de prácticas mágicas. Es una muñeca que representa una figura humana vendada, especialmente diseñada para realizar un “daño”. Actualmente en la colección del Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas “Prof. Antonio Serrano”, de Paraná, tiene una pierna más corta que la otra, de donde se deduce que fue diseñada para estar acostada. Presenta el corazón atravesado con un elemento punzante, y no tiene pelo: posiblemente la cabeza recibía cabellos o alguna prenda propiedad de la persona a dañar. Es posible que este tipo de instrumento para dañar mediante la magia tenga origen egipcio, y fue ampliamente distribuido en Europa por las legiones romanas. Es considerada magia “negra” (siempre negativa), pero “de blancos”, adoptada tardíamente por los magos “negros” en función de su supuesta efectividad, y hoy considerada como una de las manifestaciones más características del vudú. Sin embargo, no es africana. En África, los métodos para dañar suelen ser más drásticos, involucrando también el envenenamiento, mientras que en América, quizás por influencia de las culturas indígenas y criollas, son más frecuentes los encantamientos, como

los “payé. De estas muñecas, infaltables en las “oficinas” de los oficiantes del vudú, se encontraron varias en Los Zapallos I, ilustradas en las publicaciones, pero no llegaron a nosotros.



Figura 4. Muñeca para hacer “daño”, vendada. De posible origen egipcio difundida en Europa por los romanos y adoptada tardíamente en el vudú. Fuente: Ceruti, 2009

La efectividad de la magia (salvo la combinación con venenos) reside en la convicción de los afectados, que puede llevar a la muerte en casos graves, por lo que es necesaria la ayuda de un “especialista” que identifique al mago y rompa el hechizo.

La mayoría de las religiones sostiene la creencia en un alma inmortal, que acompaña a la persona y luego de su muerte se separa y va a alguna especie de paraíso, ubicado generalmente en el cielo. Según el vudú, el individuo no tiene una sino dos almas, o un alma dual: en Haití, por ejemplo, una se llama Petit Bon Ange, y la otra Gros Bon Ange. La primera es el soporte del espíritu protector de la persona (algo así como el Angel de la Guarda) , que durante el sueño vuela y es atraída por el agua, y el Gros Bon Ange, que rige la vida afectiva e intelectual de la persona, permanece junto al cuerpo y es atraída por el fuego.

Vale decir, el Petit (o Ti) Bon Ange es el espíritu incorpóreo, y el Gros Bon Ange el cuerpo sin espíritu, sin voluntad.

En el vudú hay tres tipos de sacerdotes:

- Los hougan (masculinos) o las mambo (femeninas). Son los “dueños” de los templos y los altares del vudú, y siempre hacen el bien.
- En oposición están los brujos, llamados lobizones en Haití, siempre malvados, capaces incluso de “comer” mágicamente a las personas, que se debilitan progresivamente.
- Existe un tercer tipo, los boko, muy peligrosos porque su principal función es detectar a los brujos y deshacer sus hechizos, para lo cual necesitan un conocimiento profundo de la parte buena y la parte oscura de la religión y la magia, y nada impide que en determinado momento ellos mismos puedan transformarse en brujos.

Un brujo puede actuar por propia iniciativa o por encargo, y su accionar siempre es dañino. La peor acción que puede realizar, es capturar las almas, la parte volátil del alma, obligando a los cuerpos, que ya no tienen voluntad, a trabajar para él o alquilarlo para las plantaciones, o incluso alquilar el alma para aumentar los atributos (físicos o intelectuales) de otra persona. En la versión más clásica, el brujo saca los recién muertos de su tumba tras una muerte aparente, los revive, y encierra al Petit Bon Ange en una botella con agua. El individuo, entonces, no tiene voluntad para nada y es obligado a trabajar por el brujo, constituyendo lo que se denomina un “zombi” (Chesim, 1982; Hurbon, 1998).



Figura 5. Un brujo saca dos zombies de su tumba. Obra del artista haitiano Héctor Hyppolite.

Fuente: Laënnec Hurbon, 1998

En la Figura 5, obra del artista haitiano Héctor Hyppolite, fallecido en 1948, puede verse una tumba reciente, con el festín ritual externo, a la derecha la cruz que simboliza la encrucijada, el encuentro de vivos y muertos, y un brujo que extrajo dos zombis y tiene sus espíritus cautivos en una botella. Estos zombis no tienen nada que ver con los inventados por el cine de Hollywood en la década de 1950, y mucho menos con los “muertos vivos” que contagian y se comen a la gente en las películas actuales de los ciclos televisivos. Los zombies son trabajadores esclavos, con conciencia pero privados de voluntad, lo peor que le puede ocurrir a un practicante del vudú. Para decirlo con palabras de Laënnec Hurbon (1998), uno de los más grandes estudiosos contemporáneos del tema: “La ‘zombificación’ está considerada por el adepto como el castigo supremo, porque devuelve al individuo a la condición de esclavo, contra la cual se desarrolló precisamente el vudú”.

Las religiones africanas son sistemas organizados de pensamiento, complejas y coherentes, regidas por principios dialécticos, igualitarias, alegres y con ritos de posesión. Su traslado a América fue producto del esclavismo, y tanto el vudú como la religión yoruba se sincretizaron con la religión católica y con otras manifestaciones, como el culto a los antepasados, de gran predicamento entre los pueblos bantúes del Congo y Angola. Su desarrollo en el Caribe y costa atlántica de Sudamérica fue una manifestación de identidad y resistencia, conjuntamente con los Cabildos de Negros y las Cofradías.

El vudú, especialmente, durante todo el período prerevolucionario fue la base a partir de la cual se reconstituyó la identidad “negra”, con los retazos provenientes de África y su reformulación en América, desde Luisiana al Río de la Plata; fue sostén de millones de personas privadas de todo menos del deseo de liberación; y está en la base de la Revolución Haitiana, primer movimiento emancipador de Sudamérica. La “zombificación”, tan de moda en la década de 1950 y en la actualidad en el cine y la TV norteamericana, es un insulto a la Nación y la Revolución Haitiana, coherente con las prácticas racistas de países que, aún en nuestros días, protegen al Klu Klux Klan y otras organizaciones supremacistas blancas.

Agradecimientos

A las autoridades del IX Simposio Nacional e Internacional de Arqueología Histórica, que me invitaron a publicar la presente Conferencia. A las autoridades de los Museos que facilitaron las piezas para su estudio y autorizaron la publicación de las ilustraciones. A mi compañera, Prof. Nora M. Giacomino, con quien realicé el relevamiento fotográfico de los materiales. A mi hijo, Dr. Roberto J. Ceruti, que efectuó la traducción al inglés del Resumen.

Referencias Bibliográficas

- Aparicio, F. de (1937). Excavaciones en los paraderos del Arroyo de Leyes. Buenos Aires. *Relaciones* I: 7-19
- Barley, N. (2010). *The Art of Benin*. London. The British Museum Press
- Bousquet, M. A. (1937). Investigaciones arqueológicas en el Arroyo de Leyes. Buenos Aires. *Revista Geográfica Americana* 42:161-174
- Carabjal, R. (S.J.) (1938). La alfarería del Arroyo de Leyes. Furlong Cardiff, G. *Entre los mocobies de Santa Fe*. 213-227. Buenos Aires. S. de Amorrortu e Hijos

- Ceruti, C. N. (2009). Aporte al conocimiento de la “Cultura del Leyes”: La colección del Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas “Prof. Antonio Serrano”, Paraná, Entre Ríos, Argentina. Austral, A. y M. Tamagnini (Comp.) *Problemáticas de la Arqueología Contemporánea*, T. III: 335-344, Univ. Nacional de Río Cuarto
- Ceruti, C.N. (2012). Avatares de la colección arqueológica del Arroyo Leyes (Departamento Garay, Provincia de Santa Fe, Argentina) o La objetividad científica puesta a prueba. *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología Histórica*, T. 2:207-235. Buenos Aires. Ed. Académica Española
- Ceruti, C.N. (2014). Artefactos de uso diario representados en la colección cerámica del Arroyo Leyes: su empleo en la determinación de cronología. *Revista del Museo de Antropología* 7(2)243-254, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Córdoba.
- Chesi, G. (1982). *Vudú. El poder secreto de África*. Perlinger Verlag, Wörgl (Austria).
- Frenguelli, J. (1937). Falsificaciones de alfarería indígena en Arroyo de Leyes, Santa Fe. La Plata. *Notas del Museo de La Plata* 5
- Hurbon, L. (1998). *Los misterios del vudú*. Barcelona. Ediciones B.S.A.
- Gonzalez, A. R. (1980). *Arte precolombino de la Argentina*. Buenos Aires. Filmediciones Valero
- Outes, F. (1935a). Un hallazgo arqueológico sensacional. *La Nación*, 7-7-1935, Buenos Aires.
- (1935b). *El arte de los aborígenes de Santa Fe*. Buenos Aires. Amigos del Arte
- Schávelzon, D. (2003). Buenos Aires negra. Arqueología histórica de una ciudad silenciada. Buenos Aires. Emecé
- Serrano, A. (1934). Arqueología del Arroyo de Leyes, provincia de Santa Fe; noticia preliminar a propósito de la colección Bousquet. *Memorias del Museo de Paraná* 8.

Recibido 19 de Marzo 2021

Aceptado: 13 de Mayo 2021